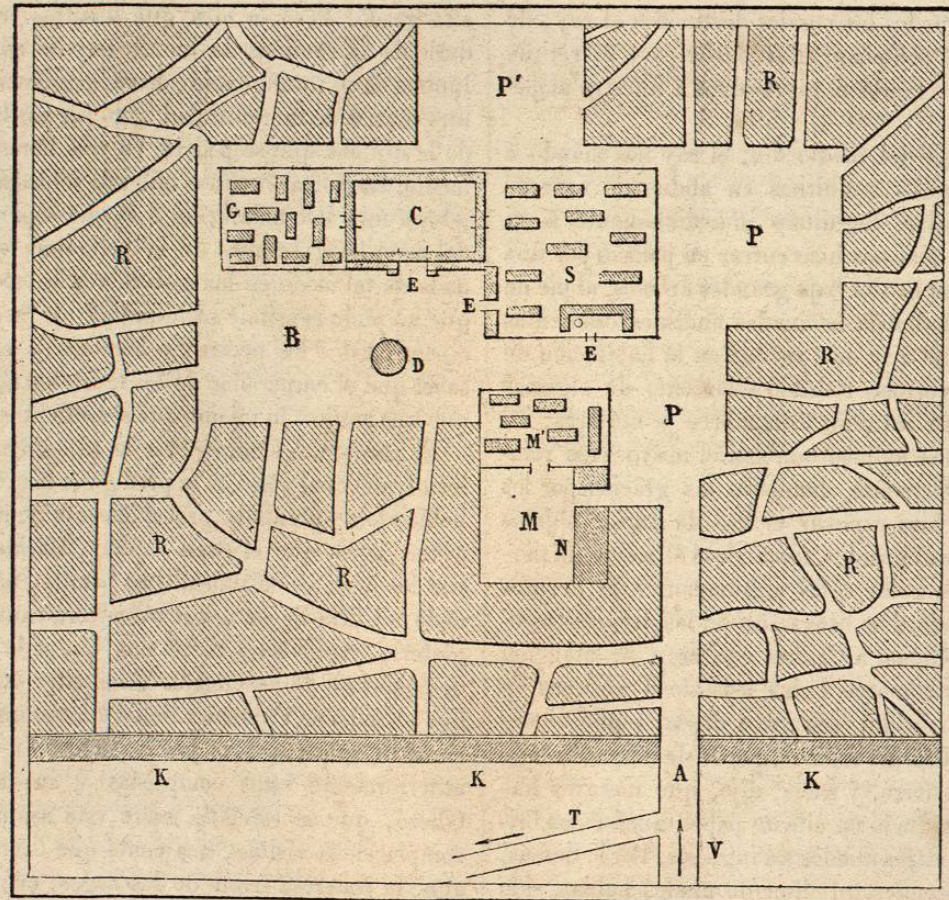


murió en la acción. Preguntamos á Ghezo si habia sentido mucho que la victoria hubiese costado la vida á uno de sus mejores jefes. «Lo siento en efecto, respondió, porque su muerte me privó de la satisfacción de hacerle cortar la cabeza en recompensa de su cobarde conducta.»

En otra circunstancia el ejército dahomeyano,

mandado por el mismo Ghezo, peleaba contra los montañeses del Congo. Derrotado por sus belicosos adversarios, el rey no debió la salvación de su ejército y la suya propia sino al heroísmo de sus amazonas, que cubrieron la retirada perdiendo la mitad de sus huestes. Desgraciadamente la ferocidad de las amazonas es igual á su valor, pues si son indomables du-

PLANO DE ABOMEY.



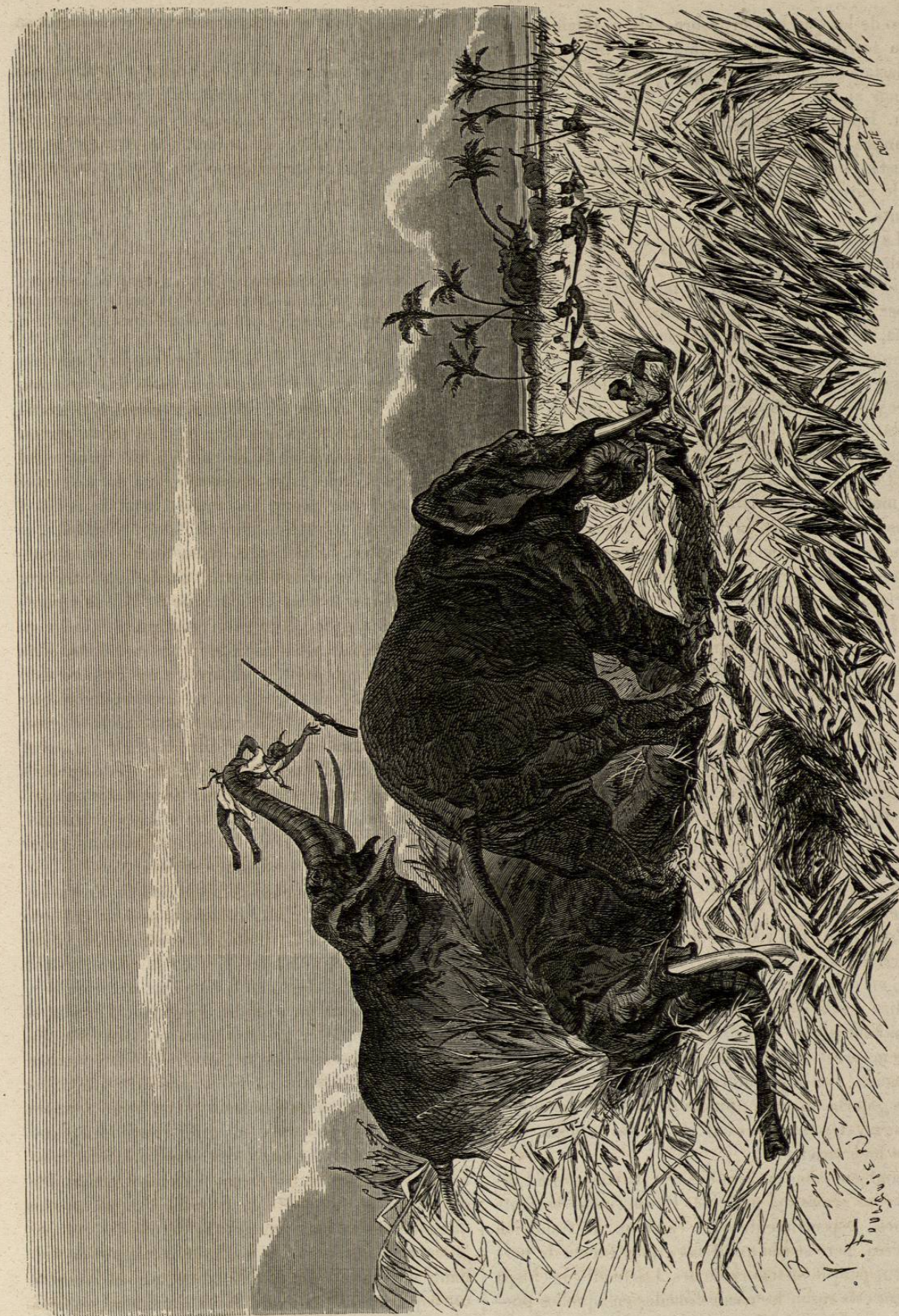
A. Puente y puerta de la ciudad, viniendo de Cana.—B. La plaza mayor.—C. Palacio del rey; patio rodeado de galerías para las recepciones oficiales.—D. La casa de los sacrificios en la plaza mayor.—E. E. E. Puertas del palacio del rey.—G. Las casas, irregularmente colocadas, en que se amarraban las amazonas.—K. K. K. Foso y muralla que cercan la ciudad.—M. Casa del mehou.—N. Casa de la misión en la del mehou.—O. Casa de la favorita del rey, en que recibía en audiencia familiar.—P. P. Espaciosas plazas con arbolado en que están los mercados.—R. R. R. R. Dédalo de callejones y callejuelas, limitadas por las paredes de las habitaciones.—S. Casas de las mujeres del rey.—T. Camino de la casa del príncipe Bahadou.—V. Camino de Cana á Abomey.

rante el combate, son inexorables después de la victoria. Parece que, desprendiéndose de las dulces cualidades que forman el ornamento de su sexo, las mujeres, estremadas en todo, nada conservan de humano. Hartas pruebas ofrecen de esta verdad la historia de las antiguas amazonas y las más fúnebres páginas de nuestras revoluciones modernas.

Y no es solo en el campo de batalla donde las guerreras dahomeyanas encuentran ocasión de mostrar su intrepidez. Algun tiempo antes de nuestra llegada, cierto número de ellas habían partido para cazar una manada de elefantes que se hallaba á tres ó cuatro días de marcha al Norte de Abomey. Durante nuestra audiencia un mensajero trajo al rey en

presencia nuestra tres colas de elefante recién cortadas, testimonio irrefutable del éxito de la cacería. Añadió el mensajero que la manada constaba de más de treinta individuos, y que las cazadoras seguían persiguiéndola con la esperanza de hacer nuevas víctimas antes de su regreso.

La táctica que adoptan para cazar el elefante es muy sencilla, pero no poco peligrosa. Cuando han reconocido una manada, la cercan, se aproximan á ella á rastras todo lo posible, ocultándose entre las yerbas altas y las malezas, y luego, cuando creen que están los animales á tiro, hacen todas á la vez una descarga. Algunos elefantes quedan en el sitio; pero desgraciada la cazadora que se encuentre al



Caza de los elefantes por las amazonas dahomeyanas.

paso de los que huyen, sobre todo si están heridos! Tan terribles entonces como antes inofensivos, la aplastan con sus pies, ó cogiéndola con su trompa, la echan al aire y la destrozan al caer con sus colmillos. Estas expediciones, que reportan anualmente grandes beneficios en marfil al rey de Dahomey, cuestan siempre la vida á varias cazadoras, pero á él le parece sin duda que la compensacion es suficiente.

La conversacion se prolongó hasta las cuatro de la tarde. Temiendo importunar al rey, el capitán le pidió permiso para retirarse; pero antes fue menester beber á su salud uno ó dos vasos de vino de Champaña, de bastante mala cualidad, que nos lo daba como una bebida digna de los dioses. Nos separamos en seguida muy encantados los unos de los otros, y el rey, con su afabilidad ordinaria, nos acompañó hasta la puerta exterior, donde nos aguardaban nuestras hamacas.

El 20 no salimos de nuestra habitacion, donde recibimos numerosas visitas, entre ellas la del príncipe Bahadu, el cual nos invitó á ir á su casa, y permaneció mucho tiempo conversando alegremente y bebiendo muchas copas de licor que nosotros nos complacíamos en escanciarle sin que él las rehusase nunca. Presumo que al salir hubiera sido un vacilante apoyo para el trono de su padre.

Al día siguiente, 21, fuimos á su casa con bastante aparato, de uniforme y seguidos de nuestros guardias. Habitaba á unos 3 kilómetros de Abomey, en un hermoso sitio, una gran casa distribuida como todas las de los principales jefes. Nos recibió muy cortésmente, y nos hizo sentar junto á él en uno de aquellos asientos en forma de escabel de que he hablado. Estos asientos, adornados con esculturas, molduras y arabescos muy complicados, me parecieron la muestra mas acabada y curiosa de las obras de su género.

Estaba Bahadu rodeado de sus mujeres y de sus guerreros, en conformidad con el ceremonial observado en casa de su padre. Nos presentó dos jóvenes de diez y seis á diez y siete años, de las cuales la una era notablemente hermosa, y nos dijo que eran sus hijas mayores. Despues de algunos instantes de conversacion, nos hizo recorrer su habitacion, y vimos en la galería un gran número de ídolos de madera y de barro. Algunas de estas esculturas estaban bastante bien sacadas.

Tambien, como en casa del rey, tuvimos que examinar las armas del príncipe. Poseia fusiles bastante buenos, especialmente una carabina de fundicion francesa, pero sentia que estas armas fuesen de percusion, porque no tenia pistones. Los fusiles de chispa son por esta razon los mas estimados en aquellos pueblos, pues es mas fácil procurarse piedras, y la piedra

dura tanto como el arma, al paso que los pistones se acaban pronto.

A las tres nos despedimos del príncipe real, el cual nos acompañó hasta la mitad del camino de Abomey. A nuestro regreso hallamos un mensajero que acababa de anunciar al capitán que para el día siguiente estábamos convidados por el rey á una gran fiesta militar.

VII.

Una fiesta pública en Abomey.—Revista general de las tropas.—Ejercicios militares.—Simulacro de la caza del elefante por las Amazonas.—Danzas y cantos.—Munificencia del rey.

Al día siguiente, 22, antes de amanecer, nos despertó el ruido de los tam-tams y de las trompas, unido á los cantos y gritos de numerosos destacamentos de guerreros que llegaban de todas partes. Eran los contingentes de los principales capataces del reino, que Ghezo había convocado para darnos la mas alta idea de su poder. La ciudad, llena de ruido y movimiento, tomaba un aire de fiesta, y el sol, que acababa de salir radiante, prometia un día espléndido. Acabábamos de almorzar cuando los mensajeros del rey vinieron á advertirnos que S. M. nos aguardaba. Les seguimos de gran uniforme, llevados en nuestras hamacas en medio de nuestra escolta. Esta nos era indispensable, pues sin ella nos hubiera sido imposible atravesar la compacta muchedumbre que inundaba las calles y abrirnos paso hasta la gran plaza del Palacio donde se debía celebrar la fiesta. Allí era tal la afluencia, que los esfuerzos de nuestros soldados hubieran sido insuficientes si el mismo cambodé, enviado por el rey, no les hubiese auxiliado. Delante de él se abrieron las filas, y pudimos ganar los puestos que nos estaban reservados.

Se habían hecho grandes preparativos. En un estrado apoyado contra las paredes del palacio, cubierto de esteras y tapices, y protegido contra los rayos del sol por enormes parasoles fijos en la tierra, estaba sentado el rey, rodeado de las mujeres del serrallo y de una parte de su guardia femenina. Llevaba el mismo traje que en nuestra primera entrevista. En torno suyo, describiendo un medio círculo, estaban de rodillas todos los principales ministros que conocemos ya, el príncipe Bahadu y un gran número de capataces llegados con sus guerreros de diferentes puntos del reino. En una larga mesa se habían colocado las mas brillantes armas y la mas rica vajilla del rey, con una parte de las telas y de los regalos que nosotros habíamos conducido. Al pie de la mesa, llamaba nuestra atencion una gran palangana de brillante cobre, sin que adivinásemos aun el horrible uso á que estaba destinada. Nuestros sitiales, colocados á algunos pasos á la izquierda del estrado real y

sombreados como éste por grandes parasoles de colores brillantes, estaban rodeados de una doble fila de soldados puestos allí para defendernos contra la viva y frecuentemente indiscreta curiosidad de los habitantes de Abomey. Delante de nosotros, hacía el extremo de la plaza, la artillería de Ghezo, es decir, veinte y cuatro ó treinta piezas de cañon, de diferentes calibres y formas, estaba colocada en batería sobre groseras cureñas. Las Amazonas artilleras (pues las mujeres de la guardia sirven las piezas) estaban cerca de los cañones con la mecha encendida. Detrás de nosotros se habían levantado sobre pedestales las estatuas de los santos de que he hablado anteriormente, los cuales no tenían como nosotros necesidad de una guardia que los defendiese de la indiscreta curiosidad del pueblo, porque los negros, que sabian que aquellas imágenes eran los ídolos de los blancos, no se acercaban á ellos sino con un temor respetuoso. Encima de los santos flotaban magestuosamente las cuatro banderas francesas con el elefante blanco de Dahomey.

Fuimos á saludar al rey, el cual se levantó para volvernos el saludo, pero sin darnos la mano como la primera vez, y luego el cambodé nos condujo á nuestros puestos, y empezó la fiesta.

Por el extremo de la plaza que teníamos en frente salió una columna de cinco á seis mil guerreros, casi todos armados de fusiles de trata ó de carabinas, pero vestidos con bastante irregularidad, cuál con una camisa de algodón azul sin mangas, cuál con unos calzones que le llegaban á las rodillas, cuál con el modesto *calimbé*, simple pedazo de tela atado alrededor de la cintura y cuyas estremidades caen delante del cuerpo. Delante de la columna marchaban unos treinta músicos. Los unos soplaban en unos colmillos de elefante agujereados en su estremidad menor, y producian un sonido ronco comparable al de una bocina; los otros golpeaban una especie de tambores hechos con una piel de corzo puesta sobre un pedazo de madera ahuecada como un mortero; otros agitaban un instrumento extraño que yo no he visto mas que allí, una calabaza vacía, seca y envuelta en una red muy floja con una vértebra de carnero en cada malla, sin que pueda comparar su ruido mas que al que produce una vejiga hinchada llena de habichuelas y rápidamente removida. Otros con varillitas de hierro hacian sonar algunos cencerros parecidos á los que en algunas provincias de Francia se cuelgan del cuello de las vacas. Por último, algunos soplaban en flautas de bambú, cuyo sonido no pude percibir en medio de la zambra producida por todos aquellos ejecutantes, empeñados todos en acreditar el vigor de su aliento ó de sus puños.

Despues de haber desfilado por delante del rey, á quien al pasar saludaron con sus aclamaciones, los

guerreros, por medio de una maniobra ejecutada con bastante precision, se formaron en varias filas de cinco á seis hombres de fondo y de unos cincuenta de frente, escalonados á alguna distancia unos de otros. Rompieron en seguida un fuego bastante nutrido, tirando primero los que estaban en primera fila, que pasaban inmediatamente á las filas siguientes para ir á retaguardia á cargar de nuevo sus armas, mientras la segunda fila, que se había convertido en primera, tiraba á su vez antes de ejecutar la misma maniobra, y así sucesivamente. Luego algunos hombres se salieron de las filas, y navaja en mano empezaron á trepar con admirable ligereza para ir á sorprender al enemigo. Al llegar á cierta distancia, se levantaron como un solo hombre descargando sus armas y aullando de una manera espantosa. Los unos fingian cortar con el cuchillo la cabeza de un enemigo caído, y la llevaban en triunfo; otros huían al parecer delante del enemigo, como para atraerle á una emboscada, haciéndole caer en medio del ejército hácia el cual regresaban dando una larga vuelta. De repente el ejército todo entero, rompiendo filas, blandiendo sus armas, dió una carga furiosa, con gritos, clamores y contorsiones indescriptibles y casi espantosas; el enemigo vencido y en derrota fue perseguido hasta el extremo de la plaza, y el ejército dahomeyano, entonando un canto de victoria, volvió á formar en masa é inmóvil delante del rey.

Restablecido apenas el silencio, los dahomeyanos de la artillería sacudieron de nuevo los aires. Cargando y tirando á discrecion, las Amazonas cargaban hasta la boca sus viejos cañones de hierro, que saltaban sobre sus mal aseguradas cureñas. Empezamos á temer, pues nos hallábamos en frente de aquella estrepitosa batería, que algun escobillon olvidado en la pieza por aquellos artilleros femeninos nos hiriese á boca de jarro, cuando por entre los torbellinos del humo asomó el ejército de mujeres.

Las Amazonas en número de unas cuatro mil, mejor armadas y mas uniformemente vestidas que los hombres, formaban varios cuerpos distintos.

El primero, mucho mas numeroso que los otros, estaba compuesto de guerreras que llevaban una camisa azul como la de los hombres, ceñida á la cintura con una banda azul ó roja, y un calzon blanco con listas azules que bajaba hasta cerca de la rodilla. La señal distintiva de aquel cuerpo era un casquete blanco con un caiman delante bordado de azul. Las armas eran un fusil de trata y un sable corto, casi recto, con una vaina de cuero muy historiada con adornos de cobre, y un puño sin guarnicion cubierto de piel de tiburón. Este sable pendia del hombro por medio de una correa cortada de diferentes maneras y adornada con cauris ó dibujos de color rojo. Su pólvora, distribuida en cartuchos hechos con hojas

secas de plátano, estaba encerrada en cartucheras con separaciones, como las de los turcos ó de los persas, que se ataban á la cintura. Por último, colgaban de su cuello muchos grigris y amuletos de toda especie.

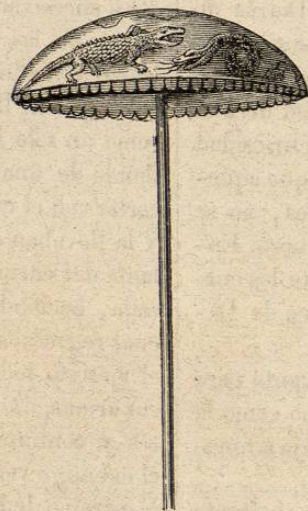
El segundo cuerpo, formado de cazadoras de elefantes, contaba unas cuatrocientas mujeres. Su alta

estatura, su trage, parecido por la forma al que acabamos de describir, pero de un color castaño enteramente, sus largas y pesadas carabinas de cañon empavonado, manejadas con soltura, daban á aquellas valientes guerreras un aspecto singularmente marcial. Llevaban en la cintura un puñal de hoja muy fuerte y corva, y en la cabeza un extraño adorno,

ARMAS Y UTENSILIOS.



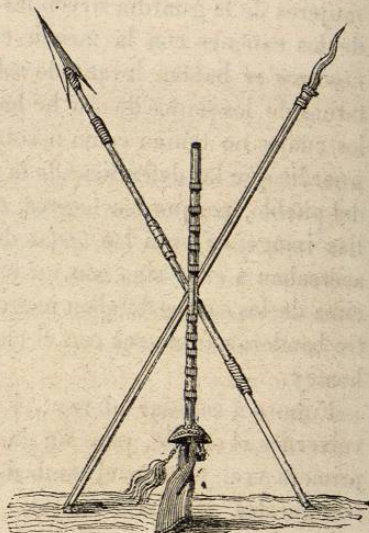
Sable y puñal de las Amazonas.



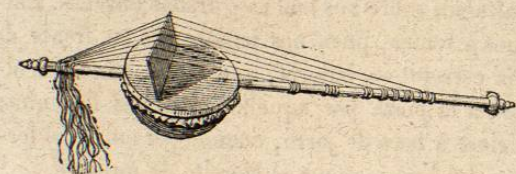
Parasol de honor.



Baston de cambodé.



Fusil de trata y lanzas.



Especie de guitarra.



Sable del gran ejecutor ó del minghan.



Frasco de pólvora.



Trompeta de marfil.

que consistía en dos cuernos de antilope fijos en un cerco de hierro que ceñía la frente como una diadema.

El tercer cuerpo se componía solo de doscientas Amazonas, armadas con un retaco ancho y corto, y cubiertas con una túnica mitad blanca y mitad roja, como ciertos trages de la edad media. Eran el resto de las artilleras, que sin duda por las pocas piezas que habia en estado de servicio, no podían ejercer sus funciones especiales.

Venia, en fin, á retaguardia un ligero y encantador batallón de jóvenes armadas no mas que de arcos y de flechas, vestidas elegantemente con túnicas azules, cubierta la cabeza con el casquete blanco que tie-

ne bordado un caiman azul, y llevando en el brazo izquierdo la pulsera de marfil por la cual debe deslizarse la flecha al salir despedida por el arco. Estas Amazonas son las reclutas del ejército femenino, escogidas entre las jóvenes vírgenes de las mejores familias del reino, y pagan con la vida el olvido del voto de castidad que hacen al entrar en la guardia del rey.

Estos varios cuerpos reunidos, que forman como he dicho un total de cuatro mil mujeres, desfilaron por delante de nosotros en bastante buen orden. A una señal de la generala en jefe, que se la reconocía por las colas de caballo colgadas de su cintura, se renovaron las mismas escenas que he descrito antes,

pero con mas animacion y furia. No es posible referir, ni siquiera figurarse el cuadro que presentaban, bajo un cielo de fuego, en medio de un torbellino de polvo y de humo, del tiro de la infantería y del retumbo del cañon, aquellas cuatro mil mujeres jadeantes, ébrias de pólvora y de ruido, agitándose convulsivamente con contorsiones de alma en pena, lanzando los gritos mas salvajes. Cuando todo se hubo

agotado, las municiones y las fuerzas, poco á poco se restablecieron el orden y el silencio, y las Amazonas, rehaciendo sus filas se colocaron á la derecha del rey.

Llegó entonces su vez á las cazadoras de elefantes, las cuales no habian tomado parte en la escena precedente, y quisieron tambien darnos una prueba de su destreza. Se formaron en círculo, y á gatas, sin abandonar su carabina, avanzaron convergiendo há-



Vista de las puertas de Abomey.

cia un mismo punto en que se suponía hallarse la manada de elefantes. Creimos reconocer entonces la utilidad de aquella especie de armamento, los cuernos que llevaban en la cabeza. Sin duda cuando se acercan á los animales que cazan, estos, engañados por aquellos falsos cuernos, creen ver y oír un pacífico rebaño de antílopes, y se esponen sin desconfianza á los tiros de las cazadoras. Al llegar cerca de los elefantes, se levantaron todas á la vez á una señal de su jefe, descargando sus carabinas, y despues, cuchillo en mano, se arrojaron á las víctimas para rematarlas y cortarlas la cola, trofeo de su victoria. En seguida volvieron cantando á sus puestos.

A estas escenas guerreras sucedieron cuadros mas risueños y tranquilos. Las jóvenes Amazonas, armadas de arcos, saliendo á su vez de en medio de sus compañeras, vinieron á colocarse delante de nosotros, y conducidas por una de las que habia entre ellas mas jóvenes y hermosas, ejecutaron, cantando, una danza guerrera, con el arco en una mano y la flecha en la otra. Nada mas gracioso que los movimientos lentos y acompasados de aquellas hermosas criaturas guiadas por un canto dulce y monótono, que nos recordó los antiguos cantares bretones. Aquellas no eran ya las jóvenes negras de Dahomey, sino las bellas hijas de la antigua Grecia ó de la voluptuosa Asia;